

Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña presidencial de 1875

Eduardo Posada Carbó

Traducción de Cecilia Inés Restrepo

El primero de febrero de 1875, un confiado presidente Santiago Pérez se enorgullecía de informar al Congreso sobre la paz y prosperidad traídas a Colombia por una década de régimen radical ⁽¹⁾. Su optimismo se vio frustrado pronto. Una semana más tarde, sólo logró sofocar un motín reemplazando al Ministro de Guerra y al Comandante en Jefe del Ejército. Al finalizar el mes,

el estado del Magdalena mostraba señales serias de agitación política, al tiempo que el recientemente destituido Ministro de Guerra, el general Ramón Santodomingo Vila, se encontraba en el puerto de Barranquilla complotando contra el gobierno de la Unión. Para agosto, los estados de Bolívar y Panamá habían declarado oficialmente la guerra contra la administración de Pérez; a Bogotá llegaron rumores que acusaban a "Santodomingo Vila de conspirar para convertirse en Presidente de la República de Costa Firme" ⁽²⁾. Las adua-

* Tomado del *Journal of Latin American Studies*, volume 26, Part. 3 Cambridge University Press, 1994.

El autor quiere expresar su agradecimiento a Malcolm Deas por su estímulo y por permitirle el acceso a materiales de gran utilidad.

1. *Mensaje del Presidente de la Unión al Congreso de 1875*, Bogotá, 1875, p. 3-4. El término "radical", se refiere a un ala del partido liberal identificada con la ortodoxia liberal del siglo XIX expresada en la Constitución de 1863. Véase Eduardo Rodríguez Piñeres. *El Olimpo*

Radical, Bogotá, 1950; y Helen Delpar, *Red against Blue. The Liberal party in Colombian politics, 1863-1899*, Universidad de Alabama, 1981.

2. *Panamá Star and Herald*, 21 de julio de 1875, Bodleian Library, Oxford, Corporation of Foreign Bondholders Council (de aquí en adelante citada como CFBC),

nas de los puertos costeros estuvieron en poder de las fuerzas insurgentes por cerca de cuatro meses, y en el río Magdalena los vapores rebeldes bloquearon la principal arteria comercial del país. Confrontaciones sangrientas completaron el cuadro de otra guerra civil, dejando tras de sí un número indefinido de víctimas y un tesoro público en desorden. En 1876, cuando el presidente Pérez enfrentó de nuevo al Congreso para leer su mensaje anual, tuvo que reconocer su error de juicio previo ⁽³⁾.

Sin embargo, a comienzos de 1875 el optimismo del presidente Pérez no carecía de algún fundamento. El gobierno estaba complacido con los resultados del año fiscal; la administración había cumplido sus compromisos en el exterior y la deuda interna se redujo. En febrero, el secretario de Hacienda informó al Congreso de un excedente de \$ 1.369.600, si bien advirtió algunos signos preocupantes en la economía por causa de la reducción en la producción de quina ⁽⁴⁾. Aunque la reciente pros-

los recortes de prensa del CFBC en la Guildhall Library, Londres, filmes 1411: Colombia, vol. 2/240. Magdalena, Bolívar y Panamá, identificados a menudo como los Estados Costeños, eran estados soberanos en una federación conocida como los Estados Unidos de Colombia. Los otros estados eran Cundinamarca, Boyacá, Cauca, Antioquia, Santander y Tolima.

3. *Mensaje del Presidente de la Unión*, Bogotá, 1876, p. 3.

peridad económica había mitigado los problemas fiscales, era aún muy pronto para juzgar todos los efectos de la baja abrupta en el comercio exterior que sufrió el país entre los años de 1874 y 1875. La mayoría de sus contemporáneos compartían el optimismo del presidente Pérez. El ministro británico no cesaba de alabar los logros del régimen: "Llevamos ocho años continuos de paz, y, hasta donde un extranjero puede juzgar, todo el mundo parece cansado de revoluciones... hay todos los signos de una prosperidad material, y todas las razones para confiar en que será permanente" ⁽⁵⁾. No obstante, en aquello sobre lo que el presidente Pérez se mostraba más confiado —la cuestión del orden público— el ministro británico era más cauto. "A medida que se acerca cada elección

4. *Memoria del Secretario de Hacienda*, Bogotá, 1875, p. 1, 28-30. Sobre el comercio exterior de Colombia, véase José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, Bogotá, 1984.

5. *Parliamentary Papers* (de aquí en adelante citados como PP), LXVI, Londres, 1874, p. 56-8. Véase además *Money Market Review*, 9 de abril de 1875. CFBC, vol. 2/162; *Diario Oficial Extraordinario* (Bogotá) 16 de septiembre de 1874; y Pellet al Departamento de Estado, Barranquilla, 30 de septiembre de 1874, National Archives of the United States (en adelante citado como NAUS), Despatches from US Consuls in Sabani, Ila, Colombia, 1856-84 (en adelante citados como US Despatches/Sabanilla), microfilmes T426/4.

presidencial, y aun las elecciones en los estados... se presentan algunos disturbios locales... y estos algunas veces... se vuelven más o menos serios⁽⁶⁾. Esta vez, a medida que la nueva elección presidencial avanzaba, demostraron ser más que menos serios.

El año de 1875 no sobresale en los anales de las principales guerras civiles colombianas del siglo XIX —la guerra de los Supremos, las guerras de 1859/62, 1876, 1885, 1895, o la guerra de los Mil Días—⁽⁷⁾. La guerra civil de 1875 fue más corta, menos extendida, y dejó relativamente pocas víctimas. Adicionalmente, los asuntos en juego eran menos claros. A primera vista es fácil menospreciar su significado. "C'est donc pour une simple question d'ambition personnelle que le pays se trouve en ce moment menacé d'une guerre fratricide", señaló en agosto de

6. PP, LXVI, Londres, p. 1.009.

7. Véanse, entre otros, M. Deas, "Poverty, civil war and politics: Ricardo Gaitán Obeso and his Magdalena river campaign in Colombia, 1885", *Nova Americana*, vol. 2 (1979), p. 263-303; C. W. Bergquist, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Medellín, 1984; C. Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos*, Bogotá, 1991.

8. Cónsul francés al Ministro de Asuntos Extranjeros. Panamá, 29 de agosto de 1875. Archives du Ministère des Relations Extérieures. Quay d'Orsay. Paris: Colombie, Correspondance politique des consuls. Panamá, Barranquilla, Sainte Marthe, Colón, 1870-1885 (en adelante citado como CPC), vol. 4/84.

1875 el cónsul francés en Panamá⁽⁸⁾. Sin embargo, para aquellos involucrados en la política de la época, 1875 fue visto como un hito en la historia política colombiana. Después de ocho años aparentemente sin ninguna anotación en su diario, José Quijano Otero escribió: "Se disputan hoy la Presidencia de la República los señores Aquileo Parra y Rafael Núñez". No la consideraba una elección ordinaria. Aunque al final de la contienda surgió un tercer candidato —el conservador Bartolomé Calvo— la lucha por la presidencia era entre dos candidatos liberales, Núñez y Parra. La disputa liberal interna era tan enconada que Quijano Wallis pensó que el país estaba "bailando sobre un volcán"⁽⁹⁾. Al final, la campaña presidencial de 1875 dividió seriamente al partido liberal en el gobierno. Como consecuencia, se forjaron nuevas alianzas, presagiando el final del régimen radical. Adicionalmente, el resultado de la campaña avanzó las aspiraciones al poder de Rafael Núñez quien, aunque perdedor esta vez, se convirtió en el político más influyente de la Colombia de finales del siglo XIX. El año de 1875 adquirió un significado simbólico: la guerra tuvo sus mártires, y Rafael Núñez los utilizó para legitimar las ambiciones de su movimiento, los independientes. La guerra de

9. José M. Quijano Otero, *Diario de la guerra civil de 1860 y otros sucesos Políticos*, Bogotá, 1982, p. 195.

1875 fue seguida pronto por la lucha de 1876, un conflicto más enconado y más desastroso, ligado inextricablemente a los eventos del año anterior. Para los contemporáneos había pues pocas dudas de que 1875 era un momento crucial en la política partidista del país.

La importancia de la elección presidencial de 1875 ha sido reconocida recientemente por historiadores tales como James Park, que centró su enfoque en los aspectos regionales de la contienda electoral, y Helen Delpar, que la analizó en el marco más amplio de la política liberal colombiana en el siglo XIX⁽¹⁰⁾. Sin embargo, queda todavía espacio para una revisión más sistemática de la campaña electoral de 1875 que la que se ha intentado hasta la fecha. El conflicto de 1875 fue tanto sobre las elecciones como sobre la guerra, y su estudio es útil para contribuir al descuidado campo de la historia electoral colombiana, y para apreciar bajo qué circunstancias las contiendas electorales culminaban en confrontaciones militares, y hasta qué punto las guerras civiles y

los procesos electorales estaban correlacionados⁽¹¹⁾.

El que sigue es un análisis detallado de la campaña electoral

11. Salvo algunas excepciones, la historia electoral colombiana no ha atraído mucho la atención de los académicos. Para algunas contribuciones importantes al tema, véanse por ejemplo, David Bushnell, "Voter participation in the Colombian election of 1856", *Hispanic American Historical Review*, vol. 51 (May, 1971), p. 237-49, y su "El sufragio en la Argentina y en Colombia hasta 1853", *Revista del Instituto de Historia del Derecho*, N° 19, Buenos Aires, (1968), p. 11-29. Malcolm Deas ha resaltado la importancia de las elecciones en la historia de Colombia en su "Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia", *Revista de Occidente*, (oct. 1973), p. 118-140. Las divisiones socio-económicas en una campaña electoral han sido exploradas por Charles W. Bergquist en su "The political economy of the Colombian presidential election of 1897", *Hispanic American Historical Review*, vol. 56 (feb. 1976), p. 1-30. La historia electoral de América Latina en el siglo XIX está recibiendo una atención creciente por parte de los académicos, aunque el tema está poco estudiado todavía. Véase, por ejemplo, J. S. Valenzuela, *Democratización vía reforma. La expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, 1985; R. Graham, *Patronage and politics in nineteenth-century Brazil*, Stanford, 1990; p. Alonso, "Politics and elections in Buenos Aires, 1890-1898", *Journal of Latin American Studies*, vol. 25 (1993), p. 465-87; H. Sábato, "Citizenship, political participation and the formation of the public sphere in Buenos Aires, 1850s-1880s", *Past and Present*, vol. 136 (1992), p. 139-63; F. X. Guerra, "Les avatars de la représentation au XIX siècle", en G. Cuffignal (ed.), *Reinventer la démocratie. Le défi LatinoAméricain*, París, 1992, p. 49-84.

10. James Park, *Rafael Núñez and the politics of Colombian regionalism, 1863-1886*, Baton Rouge y Londres, 1985, y "Regionalism as a factor in Colombia's 1875 election", *The Americas*, vol. 42, N° 4 (1986), p. 453-72; Helen Delpar, *Red against Blue*, p. 110-217. Véase además, Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical*, p. 115-45.

de 1875. ¿Por qué creó tantas divisiones esta campaña? ¿Qué tanta libre competencia hubo en el certamen? ¿Por qué y cómo se extendió la violencia electoral? ¿Qué tan generalizada fue la confrontación? ¿Tenían acaso los candidatos algún control sobre aquellos involucrados en la violencia electoral? ¿Hasta qué punto fue determinante la guerra en el resultado? Para responder éstas y otras preguntas, este artículo está dividido en tres partes que examinan tres niveles de la actividad política: la política electoral, la política de la guerra, y la política parlamentaria. Este análisis de la campaña de 1875 tiene implicaciones más amplias para el estudio de la violencia electoral en otros lugares y para explicar la recurrencia de las guerras civiles en América Latina en el siglo XIX. Por consiguiente, el artículo concluye con una discusión acerca de las relaciones entre elecciones y violencia, examinando la experiencia colombiana en el contexto de la historia electoral comparada.

“La fiebre electoral bienal de Colombia”

El 2 de diciembre de 1874 un grupo de panameños se reunieron para discutir aspectos de la campaña electoral en apoyo de su candidato favorito, Rafael Núñez. El presidente titular llevaba escasos nueve meses en el poder, pero los colombianos ya es-

taban involucrados con diligencia en el proceso de seleccionar a su sucesor. Esta sección examina los aspectos políticos del debate presidencial entre Parra y Núñez. Se alega que, además de sus carreras políticas diferenciadas, estaban en juego asuntos significativos que ayudan a explicar la aguda división interna del partido liberal. Un análisis de la campaña apunta a mostrar que los candidatos, incluso si contaban con el apoyo de los gobiernos, debían trabajar el electorado. Las correrías electorales, la publicación de periódicos y volantes, los discursos en la tribuna pública, eran todos requisitos para una carrera exitosa. Era, después de todo, la intensidad del proceso electoral, en una lucha larga y duramente disputada que exaltaba los sentimientos partidistas, la que conducía a confrontaciones violentas. Antes de pasar a la campaña propiamente dicha, es necesario dar una breve ojeada al sistema electoral.

“La fiebre electoral bienal de Colombia”, como se refería al fenómeno el **Panamá Star and Herald**, fue uno de los legados de la Constitución de 1863, redactada por los radicales para contener las ambiciones dictatoriales del general Tomás Cipriano de Mosquera. En ella se establecía un sistema federal bajo una presidencia débil de apenas dos años de duración, sin la posibilidad de una reelección inme-

diata ⁽¹²⁾. "Siempre he mirado esta carta constitucional de las libertades colombianas, escribió el ministro británico, "como la obra maestra de la democracia enloquecida" ⁽¹³⁾. El sistema electoral, en particular la selección del Presidente de la Unión, era parte del núcleo del régimen. En principio, la elección del presidente era indirecta, cada uno de los nueve estados depositaba un solo voto; el candidato triunfador requería de una mayoría absoluta, o de lo contrario la decisión final se dejaba al Congreso. A su vez, los estados elegían sus candidatos a través de diferentes procedimientos, puesto que las regulaciones electorales variaban de estado a estado. Para 1875, las elecciones presidenciales eran restringidas pero directas en Cundinamarca, Santander y Boyacá; restringidas e indirectas en Antioquia y Tolima; el sufragio universal masculino estaba vigente en Panamá, Bolívar, Magdalena y Cauca. Adicionalmente, las elecciones se celebraban en fechas diferentes a lo largo del año en un calendario electoral en el que los estados examinaban detalladamente los resultados de los demás, mientras que el gobierno

central seguía de cerca los desarrollos con la esperanza de controlar el resultado final. 1875 era un año electoral y la complejidad del sistema fue puesta a prueba de nuevo.

La campaña presidencial ya estaba en movimiento cuando Núñez llegó a Sabanilla el 26 de noviembre de 1874, después de vivir en el exterior por más de diez años desempeñándose como cónsul de primer orden en las ciudades de Le Havre y Liverpool. Un mes antes, la Asamblea de Boyacá proclamó la candidatura de Aquileo Parra. A finales de noviembre la Asamblea de Bolívar anunció su apoyo a Núñez. Una convención Nuñista que representaba a Magdalena, Bolívar y Panamá, reunida en Barranquilla el 5 de enero para lanzar a Núñez como candidato costeño, añadió una nueva dimensión regionalista a la campaña ⁽¹⁴⁾. La semana siguiente Parra recibió el apoyo de varios periódicos, incluyendo el **Diario de Cundinamarca**, reconocido como el vocero de los radicales, **El Republicano**, y **El País**, este último supuestamente con fondos gubernamentales. Un ataque proveniente del periódico de orientación nuñista, **El Correo de Colombia**, denunciando la candidatura "oficial" como un "gran es-

12. Véase Carlos Restrepo Piedrahíta, *Constituciones de la primera república liberal*, 4 vols., Bogotá, 1985.

13. Bunch al Earl of Derby, Bogotá, 14 de junio de 1875, Public Records Office (en adelante citado como PRO), FO55/234.

14. *El Republicano*, 15 de julio de 1875; y José C. Alarcón, *Compendio de historia del Departamento del Magdalena*, Bogotá, 1963, p. 273.

cándalo", fijó el tono de la campaña" (15).

En 1875 Núñez y Parra tenían ambos 50 años (16). Los dos nacieron en 1825, Núñez en Cartagena, Bolívar, y Parra en Barichara, Santander, el bastión del radicalismo. Parra afirmaba venir de una familia modesta pero "respetable" y con algunos negocios agrícolas (17). Si bien no parece haber ninguna diferencia grande en sus orígenes sociales y condiciones económicas, Núñez sí logró adquirir una educación universitaria. La educación de Núñez y su posterior prestigio intelectual proporcionan algún contraste entre sus carreras, probablemente simbolizado de mejor manera por el hecho de que mientras Núñez editaba **La Democracia**, en Cartagena, Parra, el comerciante, era el agente del periódico en Santander, al mismo tiempo que se dedicaba a la venta de mercancías en la

feria de Magangué. Durante la campaña, sus seguidores describían a Parra como un hombre que se había hecho con su propio esfuerzo (18).

Cualesquiera que fueran sus diferencias, Núñez y Parra gozaron más tarde de largas y exitosas, aunque distintas, carreras políticas en el partido liberal. Ambos ganaron prominencia a través de sus habilidades en el manejo de las finanzas públicas. Los dos asistieron a la Convención de Rionegro en 1863, pero mientras que Parra firmó la Constitución, Núñez abandonó la reunión para evitar la confrontación, manteniéndose así cuidadosamente distanciado de la división liberal. Núñez comenzó su carrera como un astro naciente en la política de Bolívar. Sus logros allí lo llevaron a Bogotá, donde ocupó el cargo de Secretario de Hacienda en varias administraciones. En 1864, Núñez dejó el país para aceptar el ofrecimiento de un cargo consular. Mientras tanto, Parra escalaba posiciones políticas: Murillo Toro lo nombró Secretario de Hacienda, cargo que mantuvo en la administración de Pérez. En 1874 fue elegido también Presidente de Santander. Así pues, cuando Núñez regresó a Colombia para postularse luego de una ausencia de diez años, el candidato con experiencia reciente en la administración pública y con

15. J. J. Guerra, *Viceversas liberales*, Bogotá, 1923, p. 208.

16. La biografía de autoridad reconocida sobre Núñez es la de Indalecio Liévano, *Rafael Núñez*, Bogotá, 1946. El trabajo mejor documentado sobre el ascenso al poder de Núñez es el de Park, *Rafael Núñez*. Para un interesante ensayo en el que se discute la historiografía sobre Núñez, véase Helen Delpar, "Renegade or regenerator? Rafael Núñez as seen by Colombian historians", *Interamerican Review of Historiography*, vol. 35, 1985, p. 25-37. Sobre Parra, véase *Memorias de Aquileo Parra*, Bogotá, 1912.

17. *Memorias de Aquileo Parra*, p. 12.

18. *El Republicano*, 20 de mayo de 1875.

vínculos estrechos con los que detentaban el poder era Parra. Aunque se le tildaba de ser el "candidato oficial" y se le acusó de utilizar un proyecto de ferrocarril para su propio beneficio, las credenciales de Parra eran impecables. La mayoría de sus contemporáneos probablemente compartían la opinión que el ministro de los Estados Unidos tenía de él: "sus logros académicos no son extensos; pero es un caballero de habilidades finas y no muy comunes, de un carácter personal sin tacha y de una experiencia considerable en la vida pública" (19). En contraste con esto, la personalidad y la carrera de Núñez generaba mucha más controversia. Su posición vaga sobre los conflictos internos del partido liberal lo hacían indigno de confianza a los ojos de muchos copartidarios. La impresión que daba de ser un hombre de principios indefinidos fue estimulada por un notorio poema que escribió en 1861, titulado "¿Que sais-ye?", en el que Núñez reconoce algunas de sus dudas (20). Su fama de "escéptico",

su reputación de tenorio y su larga ausencia de Colombia lo hacían un blanco fácil para sus críticos. Algunos de sus opositores consideraban a Núñez como un hombre sin raíces en Colombia porque no tenía propiedades rurales (21). No obstante, hasta sus críticos más ardientes, tales como Laureano García Ortiz, un parrista leal, reconocían en Núñez un genio político de habilidades sobresalientes (22).

Ciertamente en 1875 la campaña estuvo plagada de matices de tono personal, lo que hizo pensar al ministro de Estados Unidos que no había "realmente asuntos de fondo en juego. Es una mera reyerta entre políticos por las prebendas del poder", si bien Scruggs sí reconoció que resultaba "difícil al principio decir de qué se trataba este problema" (23). La lucha, indudablemente, era por el poder y por lo que usualmente va con él. No obstante, bajo una superficie carente en apariencia de principios ideológicos emerge una imagen

19. Ministro de los Estados Unidos al Secretario de Estado, Bogotá, 27 de febrero de 1876, Bodleian Library, Oxford. NAUS; Despatches from US Ministers in Colombia, 1820-1906 (en adelante citado como USMD, Films 832). Véase además Bunch to the Earl of Derby, Bogotá, 16 de febrero de 1875, PRO, FO55/234.

20. *Poesías*, Bogotá, 1977, p. 6-10. Véase Julio Núñez Galofre, *Núñez y Caro*, Bogotá, 1891, p. 5.

21. *El Republicano*, 5 y 19 de agosto de 1875.

22. Laureano García Ortiz, *Conversando*, Bogotá, 1916, p. 179.

23. Ministro de los Estados Unidos al Secretario de Estado, Bogotá, 15 de agosto de 1875, USMD. De la misma manera, para el Ministro francés no había asuntos de importancia en la disputa: Cónsul al Ministro, Bogotá, 5 de junio de 1875, Quai d'Orsay, Correspondance Politique (en adelante citada como FCP), Colombia, vol. 32, film P3340/243.

que va más allá de una disputa personal. Como lo muestra la siguiente sección, las divisiones regionales, las políticas sobre el gasto público y las actitudes hacia la iglesia católica y el partido conservador, fueron todos temas debatidos con ardor a lo largo de la campaña. Su discusión pública intensificaba los sentimientos partidistas. Estos eran asuntos que tocaban los intereses de vastos sectores de la sociedad colombiana.

Un importante choque de intereses que tenía orígenes regionales, se hizo explícito a finales de 1874 con la creación de una Sociedad de Representantes de la Costa Atlántica y la convención que se realizó en Barranquilla para lanzar a Núñez como el candidato costeño⁽²⁴⁾. Asegurar el éxito de un candidato de la región no era apenas una aspiración personal vana. Como lo comentaba el **Panamá Star and Herald**, en la costa se esperaba que si Núñez era elegido, se podrían realizar algunas obras pú-

blicas importantes⁽²⁵⁾. A pesar de su atractivo regional, el apoyo costeño a Núñez no era universal. Salvo en Bolívar, su estado nativo, en donde los partidos liberal y conservador lo apoyaban, en Panamá y el Magdalena la opinión estaba dividida. Santa Marta, que vivía una situación de decadencia, temía un descuido adicional bajo Núñez, dado su origen cartagenero⁽²⁶⁾. No obstante, la campaña adquirió efectivamente un tono costeño, y más tarde Núñez recordaría con amargura los ataques contra su origen⁽²⁷⁾. Además, por las restricciones sobre las finanzas públicas en esa época, la distribución de los escasos recursos entre los diferentes estados era un asunto que causaba divisiones de importancia política. Las políticas sobre el desarrollo del transporte dieron origen a serias y recurrentes controversias.

24. El 10 de mayo de 1875, el ministro británico reportaba que los partidarios de Núñez en el Congreso "han utilizado el lenguaje más revolucionario (declarando) que los Estados de la costa se secesionarán y harán de Núñez el jefe de una república aparte"; en PRO, FO55/234. Las pocas interpretaciones académicas modernas acerca del conflicto de 1875, hacen énfasis en la "cuestión regional". La mejor interpretación regionalista es la de Park, "Regionalism as a factor in Colombia's 1875 election". Véase además Delpar, *Red against Blue*, capítulo 6.

25. *Panamá Star and Herald*, 8 de marzo de 1875, CFBC film 1411, vol. 2/158.

26. Santa Marta y Cartagena eran puertos rivales. Adicionalmente, el líder radical Murillo Toro mantenía vínculos cercanos con los políticos de Santa Marta, en donde vivió en la década de 1840. El mejor trabajo sobre la historia de los puertos de Cartagena y Santa Marta es el de Theodore Nichols, *Tres puertos del Caribe*, Bogotá, 1973. La decadencia del comercio en Santa Marta está descrita en PP. 35 LXXVI, Londres, 1875, p. 362-4 y 369-77.

27. Núñez, *La reforma política*, 7 vols., Bogotá, 1945, vol. 1, p. 69.

El proyecto del Ferrocarril del Norte, que uniría a Bogotá con el río Magdalena a través de los estados de Cundinamarca, Boyacá y Santander, fue la causa de los más acalorados debates durante 1874 y 1875 ⁽²⁸⁾. El mismo Parra reconoció que su nombramiento de nuevo como Secretario de Hacienda se debía en mucho a su compromiso con el ferrocarril. Antes de dejar su cargo en el gabinete para dedicar sus energías a la política electoral, se aseguró de que el proyecto siguiera adelante firmando un contrato con la Compañía Nacional del Ferrocarril ⁽²⁹⁾. En Santander, el ferrocarril era visto como "venero inagotable de ventura" y Parra era a la vez su inspiración y el garante de su conclusión ⁽³⁰⁾. Sin embargo, la mayoría de los nufistas se inclinaban por una línea férrea más corta de manera que las ya escasas finanzas de

la república pudieran dedicarse a otros proyectos regionales. El debate sobre el Ferrocarril del Norte fue más allá de una disputa regional e involucró a las principales autoridades en finanzas públicas en Colombia. Una figura liberal tan sobresaliente como Salvador Camacho Roldán se enfrentó con Parra en un famoso debate sobre el proyecto en el Congreso ⁽³¹⁾. La discusión trascendió. Los periódicos de todas las tendencias publicaban regularmente artículos sobre el asunto. Era un tema dominante de conversación entre todas las clases sociales ⁽³²⁾.

Las aspiraciones políticas costeñas y el Ferrocarril del Norte bien pueden haber suscitado las pasiones regionales y atraído la atención de los hombres preocupados por los asuntos públicos, pero las cuestiones concernientes al papel del partido conservador y de la iglesia católica bajo el gobierno radical, y el régimen mismo establecido por la Constitución de Rionegro estaban también en juego en la campaña. Mientras que estuvo en el exterior, Núñez publicó algunos

28. Diario de Cundinamarca, 2 de mayo y 14 de abril de 1874, y *Panamá Star and Herald*, 21 de agosto de 1874 y 5 de febrero de 1875, en CFBC, film 1411, vol. 2/86 y 146; y Delpar, *Red against Blue*, p. 112-24.

29. *Memorias de Aquileo Parra*, p. 666; *Memoria del Secretario de Hacienda*, Bogotá, 1876, p. 73-87; y *Diario Oficial*, Bogotá, ene. 27, 1875.

30. *El Republicano*, 5 de febrero y 15 de julio de 1875. El entusiasmo santanderiano por el Ferrocarril del Norte se repetía en el estado de Boyacá, de orientación parrista. Véase, *Informe dirigido por el Secretario General al Presidente del Estado*, Tunja, 1875, p. 25.

31. Parra recordó haberse encontrado con Camacho Roldán, quien "me sorprendió diciéndome que entre los dos había un duelo a muerte"; *Memorias de Aquileo Parra*, p. 667-8. Véase además Antonio Pérez Aguirre, *25 años de historia colombiana, 1853 a 1878*, Bogotá, 1959, p. 341-2.

32. Manuel Briceño, *La revolución 1876-77*, Bogotá, 1947, p. 9.

ensayos en la prensa colombiana analizando los desarrollos recientes en los Estados Unidos y Europa, en los cuales aprovechó la oportunidad para hacer críticas explícitas pero cuidadosas al sistema político colombiano. En particular, estaba preocupado por el problema del orden, el papel de la religión en la sociedad y la necesidad de una mayor centralización política, aunque no rechazaba abiertamente sus simpatías federalistas y seculares de la década de 1850⁽³³⁾. Una

33. Rafael Núñez, *Ensayos de crítica social*, Rouen, 1874, p. vii, 4 y 9. La preocupación de Núñez por la posición de la Iglesia y el partido conservador en Colombia debe ser apreciada en el contexto más amplio de la atmósfera intelectual cambiante de la década de 1870. El debate Benthamita, que suscitó las pasiones colombianas en los primeros años de la república, resurgió a finales de la década de 1860 luego de varias publicaciones sobre la doctrina utilitarista. En *El Tradicionalista*, Miguel Antonio Caro lanzó una campaña en favor de los derechos de la Iglesia y en apoyo de la educación religiosa, una campaña que ganó impulso a mediados del decenio de 1870. Los asuntos relacionados con el papel de la Iglesia en la sociedad y, en particular, en lo referente a la educación, eran el foco del debate entre *El Tradicionalista* y el radical *Diario de Cundinamarca* en 1875. Véase Caro, *Obras*, Bogotá, 1962, vol. 1, p. 921-7, 624-9 y 1347-52. Los argumentos para mantenerse retirado de la disputa liberal, básicamente preocupaciones religiosas, fueron puestas de manifiesto en Medellín por *La Sociedad*, 23 de octubre de 1875. Véase además *idem.*, 24 de abril y 1, 8, 15 de mayo de 1875, y *La Caridad*, Bogotá, 17 de junio de 1875.

carta enviada por Núñez al periódico conservador *El Tradicionalista* el 7 de febrero de 1875, reproducida ampliamente por la prensa de oposición, en la que afirmaba, "no soy decididamente anticatólico" fue causa de alarma entre algunas filas liberales. Los conservadores de Bolívar apoyaban totalmente a Núñez y parece que estaba en buenos términos con los líderes nacionales del partido conservador. No obstante, Núñez no logró convencer a los conservadores antioqueños de que les ofrecía mejores garantías que los radicales, a pesar de una carta que escribió el 28 de agosto en la que comprometía su eventual administración a realizar una reforma constitucional, a la salvaguarda del catolicismo y a la representación conservadora en el gabinete, entre otras concesiones⁽³⁴⁾.

Finalmente, Núñez no recibió el respaldo del partido conservador, mientras que su **rapprochement** con sus adversarios tradi-

34. Véase *El Republicano*, 26 de febrero de 1875; Alvaro Holguín y Caro, *Carlos Holguín*, 2 vols., Bogotá, 1981, vol. 2, p. 757; Pérez Aguirre, *Veinticinco años de historia colombiana*, p. 368-71; Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 118 y vol. II, p. 42, 97; Carlos Holguín, *Cartas políticas*, Bogotá, 1951, p. 141-2. Un mes antes de la última confrontación electoral en el Congreso, Núñez escribía bajo un seudónimo para *El Tradicionalista*; Núñez a Caro, 12 de enero de 1876, en Eduardo Lemaitre (ed.), *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro*, Bogotá, 1977, p. 5.

cionales alejó a muchos copartidarios liberales. Cuando Núñez trató de ganar a Francisco Borda para su bando, Borda rechazó la oferta debido a "una razón suprema": "bien conocido es para mí el rumbo político de mi partido (liberal); todo lo teme de usted y prefiere la guerra al predominio del clero y del partido conservador" (35). Algunos meses antes, un tal José Osorio, natural de Piedecuesta, se quejó al editor de *El Republicano* después de que su nombre apareciera en una lista de partidarios de Núñez. Como liberal, razonaba Osorio, no podía identificarse con alguien que había prometido poder a los conservadores (36).

Por lo tanto, no uno sino muchos asuntos estaban en juego en las elecciones de 1875, y éstos incluían regionales y partidistas, intereses materiales y la religión. Además de asuntos de interés nacional, la campaña electoral se libraba también alrededor de preocupaciones locales y provinciales varias que merecen una atención más amplia. Adicionalmente, al oponerse a un ala del partido que había controlado el poder durante más de una década, Núñez resultaba atractivo para una generación más joven, impresionada ya por sus ensayos de crítica social, y

que veía en su candidatura una oportunidad para ampliar su espectro político (37). Resulta imposible trazar las lealtades partidistas de acuerdo a los grupos sociales, ya que las simpatías políticas variaban de región a región, y atravesaban las distinciones de clase. Aún así, Núñez logró atraer no sólo el apoyo de los estudiantes sino que también intentó presentarse a sí mismo como el candidato "democrático".

Sería de muchas maneras engañoso referirse a Parra como "oligarca". No obstante éste fue un rótulo que Núñez utilizó para exponer el carácter "exclusivista" del régimen y esto atraía a los desafectos, a la vez que le permitía presentarse como la alternativa frente al candidato oficial. "Núñez se lanza a la demagogia" fue más tarde el juicio de Joaquín Estrada, quien describió la intensidad de la campaña electoral de Núñez, como un "certero manejo de teclas vacilantes" (38). Independiente fue el

35. Francisco de Paula Borda, *Conversaciones con mis hijos*, 3 vols. Bogotá, 1974, vol. II, p. 143-4.

36. *El Republicano*, 8 de julio de 1875.

37. José María Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas, histórico-políticas y de carácter social*, Gratoferata, 1919, p. 247. Véanse además G. Otero Muñoz, *La vida azarosa de Rafael Núñez*, Bogotá, 1951, p. 58; y General Aurelio Acosta, *Memorias. Un sobreviviente del glorioso liberalismo colombiano*, Bogotá, 1940, p. 24. En Bogotá, *El Combate* calculaba que unos 800 estudiantes, apoyaban a Núñez.

38. J. Estrada Monsalve, *Núñez, el político y el hombre*, Bogotá, 1946, p. 139-40.

nombre que Núñez eligió para su movimiento, mientras defendía su retórica contra los radicales: "Los oligarcas... merecen bien el calificativo con que el certero instinto popular los había bautizado" (39).

Núñez cautivó el sentimiento popular en Bogotá, donde un alza en el precio del pan condujo a desórdenes públicos a finales de enero de 1875. La ciudad estuvo "en un considerable estado de exaltación durante cuatro días", durante los cuales la turba atacó las casas de los propietarios de los molinos harineros, se distribuyeron volantes llamando a "guerra y muerte a los que nos hambrean", y en los lugares públicos aparecieron carteles anunciando "muerte a los aristócratas". El ministro británico detalló en su informe algunos de los rasgos de los disturbios: "compuestos enteramente por las clases más bajas"; ataques violentos a las casas de los más pudientes, ineficacia de la fuerza policial, cuyo comandante simpatizaba con la plebe; presencia activa de "algunos bien conocidos demagogos"; distribución amplia de las publicaciones más incendiarias. En mayo, según Bunch, "una sociedad de comunistas llamada La Democrática ha estado realizando reuniones y desfilando por las calles lanzando gritos contra los ri-

cos... ha insultado al presidente de la manera más grosera" (40). Pronto la prensa parrista culpó a los nuñistas de fomentar los desórdenes. Así pues, Núñez era visto hasta cierto punto como el candidato "popular" en Bogotá y posiblemente en otros centros urbanos. Esta afirmación, sin embargo, debe ser calificada; se necesita más investigación para llegar a tener una imagen final de los grupos sociales que apoyaban a cada candidato. En Panamá, por ejemplo, "las razas mezcladas" estaban en ascenso político desde que los radicales llegaron al poder (41). La facción nuñista se

40. Véase Ministro de los Estados Unidos al Secretario de Estado, Bogotá, 27 de enero de 1875, USMD; J. M. Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, 1978, p. 472-5; *Panamá Star and Herald*, 21 de febrero de 1875, en CFBC, vol. 2/152, y Bunch to the Earl of Derby, Bogotá, 28 de enero y 10 de mayo de 1875, PRO, FO55/243; y D. Sowell, *The early Colombian labor movement*, Philadelphia, 1992, p. 108-11.

41. Charles Toll Bidwell, *The Isthmus of Panama*, Londres, 1865, p. 181-2. La correspondencia de Jenny C. White del Bal proporciona una descripción soberbia del clima político de Panamá en la década de 1860. Véase Rhoda E. White (ed.), *Memoir and letters of Jenny C. White del Bal*, Dublin, 1885. Entre 1870 y 1880, el arrabal, nombre con el que se conocía los barrios populares, tuvo un papel muy importante en la política de Panamá. Identificado con las "razas mezcladas" emergentes, el arrabal liberal ha sido descrito como "el primordial contrincante de la oligarquía urbana". Véase Alfredo Figueroa, *Dominio y*

39. Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 60-1.

identificaba con ciertas familias tradicionales; el gobierno del presidente Miró, un nuñista, era considerado como "altamente impopular" (42).

La campaña electoral de 1875 no fue escasa en debates públicos. Las actividades electorales sugieren también la existencia de un electorado que, si bien era pequeño, debía ser conquistado. Las publicaciones electorales —folletos y periódicos— florecieron en 1875 (43). Es difícil evaluar el impacto de estas publicaciones, pero resulta claro que algunas de ellas sí representaron intentos serios para persuadir la opinión pública, como lo sugiere una mirada a **El Republicano**.

sociedad en el Panamá colombiano, 1821-1903, Panamá, 1978, p. 329-32 y 335; Armand Reclus, *Panama et Darien. Voyages d'exploration, 1876-1878*, París, 1881, p. 65-7, y *Repertorio Colombiano*, 1º de agosto de 1896, p. 130.

42. Cónsul británico al secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, Panamá, 21 de junio de 1875, FO55/237.

43. Por ejemplo *El País* en Bogotá, *El Republicano* en Socorro, *La Patria* y *El Ferrocarril* en Magdalena y *El Filoposita* en Panamá, fueron fundados todos ese año para apoyar a Parra. En Bogotá, José María Samper estableció *La Ley* y un grupo de estudiantes lanzaron *El Combate* para apoyar a Núñez, al tiempo que más de veinte periódicos a través del país apoyaban su nombre; véase Otero Muñoz, *La vida azarosa*, p. 58; y Estrada Monsalve, *Núñez*, p. 139. *El Combate* enumeró los periódicos que apoyaban a Núñez el 26 de febrero y el 10 de abril de 1875.

El Republicano, que apareció por primera vez el primero de enero de 1875, se publicó en Santander para apoyar la candidatura de Parra. Era un periódico semanal dedicado casi exclusivamente a la campaña. En el extremo superior derecho de la primera página de cada número, **El Republicano** imprimía un anuncio invitando a sus lectores a votar por Parra, seguido generalmente por un artículo de fondo que discutía algún tema relacionado con la justa electoral. El resto de la página estaba lleno de mensajes y firmas de adhesión y noticias acerca de la conformación de Comités Eleccionarios Pro-Parra en un distrito o en otro. Las firmas pueden contarse por miles y ciertamente eran examinadas en detalle por los involucrados en la campaña. Estas listas de adhesiones eran curiosas y rudimentarias encuestas de opinión. Muchas personas pueden haber firmado bajo algún tipo de presión, pero también hay ejemplos de cambios de opinión (44). Además de publicar regularmente artículos y poemas elogiando a Parra, **El Republicano** reproducía material de otros periódicos y polemizaba con la prensa de oposición. La

44. *El Republicano*, 20 de mayo y 3 de junio de 1875. Otros ejemplos de virajes de lealtades durante la campaña se encuentran en *ibid.*, 29 de abril, 10 de junio y 15 de julio de 1875; *Diario de Cundinamarca*, 19 de febrero de 1875; y *El Combate*, 13 de marzo de 1875.

mayoría de estos artículos reflejaban preocupación por asuntos que van más allá de la personalidad de los candidatos y, sobre todo, sugieren una sociedad muy politizada. Esta característica puede verse incluso en la naturaleza política de algunos de sus anuncios comerciales, que no carecen de tono humorístico. El lenguaje de la prensa en general, sin embargo, era menos humorístico y crecientemente pendenciero a medida que la campaña avanzaba ⁽⁴⁵⁾.

Lo más sorprendente, además de la prensa, era el ardor de la campaña electoral. Parra mismo reconocía la intensidad de las actividades de sus rivales: el lanzamiento de periódicos, las manifestaciones de masas, las reuniones en teatros y la agitación en las calles ⁽⁴⁶⁾. Carteles "aux coins des rues des "adhésions" à la candidature de M. Núñez", como lo reportaba el cónsul francés, eran comunes ⁽⁴⁷⁾. Parra no permaneció ocioso en

45. Véase *El Republicano*, 10 de junio y 19 de agosto de 1875; y Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas*, p. 245. Les journaux qu'on été fondés ici, ces jours derniers pour soutenir, l'une ou l'autre candidature sont redigés avec passion en ne gardent aucune modération dans leurs attaques"; Cónsul a Ministro, Bogotá, 14 de abril de 1875, FCP, vol 32, film P3340.

46. *Memorias de Aquileo Parra*, p. 689.

47. Cónsul al Ministro, Bogotá, 14 de abril de 1875, FCP, vol. 32, film P3340.

su cargo oficial. El 12 de febrero dejó la Secretaría para asumir la presidencia de Santander y para supervisar personalmente la campaña en su estado natal. Salió de Bogotá el 2 de mayo, luego de presidir una manifestación pública que fue seguida por un almuerzo en Puente del Común, donde se dirigió a una audiencia de unas doscientas personas. Dos semanas más tarde llegó a El Socorro, y fue recibido con manifestaciones, música, discursos y cabalgatas ⁽⁴⁸⁾.

Lo que dominó durante el transcurso de la campaña fue ese "espíritu de propaganda" descrito por Carlos Calderón como apoderándose de la vida cotidiana en Bogotá: en las escuelas y universidades, en la prensa y en el Congreso, y aun en los hogares... "discutíase en todas partes... y se hacía allí la predicación como en la tribuna fúnebre o en el recinto del Concejo" ⁽⁴⁹⁾. Los niños de las escuelas primarias se sabían de memoria la tonada difundida por la "malicia popular": "Candidatos Núñez y Parra / el que se agarra, se agarra / el que se fuñe, se fuñe" ⁽⁵⁰⁾. Esta atmósfera, que intensificaba la contienda partidista en Bogotá, se re-

48. *El Republicano*, 20 de mayo de 1875.

49. C. Calderón, *Núñez y la regeneración*, París, 1894, p. 13.

50. José M. Vergara, *Escrutinio histórico*, Bogotá, 1939, p. 151.

producía en diferente grado en otras partes de Colombia ⁽⁵¹⁾.

En Panamá las elecciones tuvieron lugar en mayo y Núñez fue "declarado oficialmente" como "debidamente electo". "Una farsa total; nadie votó con la excepción de los soldados y los empleados del gobierno", fue la opinión del cónsul británico sobre los resultados electorales en Panamá, donde el escrutinio dio a Parra apenas 614 votos contra 23.049 por Núñez ⁽⁵²⁾. En Santander, como se esperaba, Parra obtuvo una mayoría cómoda, aunque Núñez logró vencer a Parra en algunas provincias. Hubo quejas de fraude electoral, pero la posición de Parra en su estado natal era firme. No obstante, las elecciones en Santander estuvieron más intensas que de costumbre; el número de electores fue casi el doble que el de la contienda previa ⁽⁵³⁾. Boyacá y Cundinamarca tuvieron elecciones el primero de agosto. En Bogotá, la votación se convirtió en el centro de la confrontación, descrita de manera dramática por Quijano Wallis como "orgías y combates sangrien-

tos" ⁽⁵⁴⁾. Cordovez Moure, testigo ocular, dejó un recuento vivido de los sucesos, una descripción que revela qué tan parejas eran las fuerzas en oposición. Los nuñistas estaban tan bien armados como los soldados, que votaron por Parra, y ambos bandos hicieron todos los esfuerzos para influir sobre los resultados. Más tarde en la noche ocurrieron confrontaciones violentas cuando un grupo de estudiantes disparó sobre un batallón de la Guardia Nacional. En medio de esta confrontación, lo que emerge con claridad es la situación de impotencia del gobierno ⁽⁵⁵⁾.

Los resultados electorales en Cundinamarca eran confusos. Durante la semana que siguió a los disturbios, el presidente Pérez reaccionó de manera más vigorosa aunque en gran parte como resultado de la rebelión creciente en los estados costeros. El 7 de agosto, Pérez declaró al país en estado de insurrección, decretó la ley marcial en Bogotá, y ordenó un aumento en las fuerzas nacionales ⁽⁵⁶⁾. El Presi-

51. José J. García, *Crónicas de Bucaramanga*, Bucaramanga, 1946, p. 282.

52. Informe consular, Panamá, julio 5, 1875, PRO, FO55/237. Véase además cónsul francés al Ministro de Asuntos Extranjeros, Panamá, 10 de julio de 1875, CPC, vol 4/79.

53. *El Republicano*, 22 y 29 de julio de 1875.

54. Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas*, p. 247.

55. "El presidente Pérez redujo su acción en esa tarde a lo que podía hacer: reforzar la guardia de Palacio y trancar bien las puertas hasta que se despejó la situación"; Cordovez Moure, *Reminiscencias*, p. 471. Véanse además *Idem.*, p. 470-71; y P. M. Ibáñez, *Las crónicas de Bogotá y sus inmediaciones*, Bogotá, 1891, p. 430.

56. *Boletín Oficial. Orden Público*, Bogotá, 1875.

dente asumió además el riesgo de arrestar a dos periodistas acusados de enardecer la opinión pública ⁽⁵⁷⁾. La intervención presidencial en los eventos de Bogotá también tuvo sus implicaciones electorales; una aparente victoria inicial de Núñez en Cundinamarca se convirtió en una victoria para Parra, si bien el resultado final estaba lejos de ser seguro. Así pues, para mediados de agosto, tras las sucesivas elecciones en seis estados, el resultado era prácticamente un punto muerto. Santander y Boyacá habían dado su voto por Parra. A su turno, Panamá y Bolívar habían favorecido a Núñez. Cundinamarca estaba dividida, con ambos candidatos reclamando la victoria. Tolima —bajo el dominio de los conservadores— tomó un camino neutral en la disputa liberal, votando por el conservador Bartolomé Calvo. Los acontecimientos en el resto del país no aclararon la imagen. En la conservadora Antioquia había todavía más desgano que en el

Tolima para tomar partido en la disputa liberal. En el Cauca, la opinión estaba dividida entre Núñez y Parra. Una situación similar había llevado ya a un conflicto declarado en el Magdalena.

En este estado de cosas, donde, como lo expresaba un periódico panameño, "las oportunidades de los candidatos están equilibradas en forma tan pareja, que el peso de una paja es suficiente para inclinar la balanza para un lado u otro", los temores de un conflicto generalizado estaban bien fundados. Como lo había advertido antes el Ministro norteamericano, "... el estado de exaltación pública es elevado; el presidente es objeto del más vulgar y violento abuso; el ejército no es de confiar; y, en medio de tan intensa exaltación pública, es posible que estalle una insurrección en cualquier momento". Su colega francés pensaba que era el "prélude d'une guerre civile generale"⁽⁵⁸⁾.

"Tras la borrasca electoral, la tormenta bélica"

La guerra sí estalló pero, en contra de estas predicciones di-

57. El presidente de Cundinamarca, Eustorgio Salgar, paradójicamente simpatizante de Núñez, fue convertido en el chivo expiatorio por un populacho enfurecido que demandaba la liberación de los periodistas. Véase *Al pueblo colombiano. Acusación que el ciudadano José María Samper formula ante el pueblo colombiano y ante la historia contra Santiago Pérez*, Bogotá, 1875; Legación norteamericana al Departamento de Estado, Bogotá, 14 de agosto de 1875, Bodleian Library, films 832, rollo 30; y Briceño, *La revolución*, p. 26.

58. Véase *Panamá Star and Herald*, 21 de junio de 1875, CFBC, vol. 2/236; Scruggs al Departamento de Estado, Bogotá, junio 7, 1875, MDUS, films 832/30; y cónsul francés a Ministro, Bogotá, 5 de junio de 1875, FCP, film P3340/243.

plomáticas, estuvo confinada a los estados costeros. Y aun allí, el conflicto fue localizado. El 18 de julio el estado de Bolívar declaró oficialmente la guerra al gobierno de la Unión, y fue seguido por Panamá el 20 de agosto ⁽⁵⁹⁾. El foco de la atención, sin embargo, era el estado del Magdalena, escenario de una lucha civil desde mediados de febrero. La descripción de la guerra que sigue a continuación deja al descubierto la fragilidad del orden público durante las épocas electorales. En este contexto, una guerra civil se convertía en la mera extensión de una campaña electoral sobre la que ni el gobierno central ni los candidatos enfrentados tenían mucho control. A pesar de esto, la guerra abierta era limitada y no impedía las actividades electorales. Sin embargo, en las circunstancias de la Colombia del siglo XIX, aun una guerra pequeña como ésta podía tener consecuencias de mucho alcance: pocos podían permanecer indiferentes ante el conflicto. Esta sección también busca mostrar cómo las facciones locales estaban vinculadas con la actividad electoral nacional. Por lo tanto, es necesario entrar en el complejo ámbito de la política local.

Poco tiempo después de la convención realizada en Barranquilla para lanzar la candidatura

de Núñez, las agudas divisiones sobre la escogencia de candidato en el Magdalena llevaron a un cambio de gobierno y luego a un conflicto armado. El Magdalena, como ya se ha mencionado, estaba dividido en lo concerniente a Núñez. El conflicto allí también reflejaba rivalidades tradicionales entre poblaciones vecinas, tales como Santa Marta y Ciénaga, o entre facciones en competencia por el poder local —las de José I. Díazgranados y los generales Joaquín Riascos y Felipe Farías ⁽⁶⁰⁾. Las elecciones presidenciales eran a menudo una ocasión para medir fuerzas en la política del estado.

Riascos era el alcalde de Ciénaga —un pueblo “siempre a disposición del primero que quiera emplearlo en una expedición—” ⁽⁶¹⁾. Asistió a la convención nuñista como representante

60. El mejor recuento de la época sobre la política en el Magdalena es el de Alarcón, *Compendio de historia del Departamento del Magdalena*. Los eventos de 1875 están descritos en p. 273-91.

61. Luis Striffler, *El río Cesar. Relación de un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta en 1876*, n.d., posiblemente 1881, p. 23. Para recuentos contemporáneos de Ciénaga como la “cuna de revoluciones y disturbios”, véanse *Memorias del Presbítero Pedro María Rebollo. Primera parte, de 1868 a 1906*, Barranquilla, 1956, p. 10, y F. A. Simmons, *Notes on the topography of the Sierra Nevada de Santa Marta*, *Proceedings of the Royal Geographical Society*, vol. I, 1879, p. 690.

59. *Gaceta Extraordinaria*, Panamá, 23 de agosto de 1875, en CPC, vol. 4/84.

del Magdalena en contra de los deseos del presidente del estado, José I. Díazgranados, un parrista. Riascos también detentaba el cargo de Primer Designado, una especie de vicepresidencia del estado, que resultaba muy útil en el momento de distribuir las distinciones oficiales para contener el conflicto entre facciones opuestas. Sin embargo, tal contención no duró mucho esta vez. Presionado por Riascos, y bajo la alegada amenaza de la fuerza, Díazgranados renunció. De esta manera Riascos se convirtió en presidente del Magdalena el 15 de febrero, a disgusto de los parristas y para desmayo de sus enemigos tradicionales, incluyendo a sus rivales en Ciénaga y al general Felipe Farías, un inmigrante español involucrado en la política local con el partido conservador.

El 24 de abril, un panfleto impreso en Santa Marta acusaba a Riascos de comprar armas en Panamá con fondos del tesoro local, en un momento en el que los salarios de los empleados públicos estaban atrasados. El 16 de mayo, fuerza liberales contrarias a Riascos se reunieron en Valledupar, donde rechazaron su autoridad, proclamaron un nuevo presidente del Magdalena, y a Valledupar como la capital del estado. Tres días más tarde, desde la vecina población de San Juan, el general Farías hizo circular un volante contra Riascos. Ninguna de estas proclamas, reproducidas por la prensa

de otros lugares, se refería a asuntos políticos nacionales. Las razones que daban para oponerse a Riascos eran sus "intenciones bastardas" y su comportamiento como "dictador" (62). Parecía una disputa interna por el Magdalena, sin importancia nacional.

Pero claramente esto no era así. En Bogotá y en los núcleos parristas en otros lugares, se creía que los movimientos de Riascos habían sido orquestados desde Barranquilla por el recientemente destituido ministro de guerra, general Ramón Santodomingo Vila, con el fin de manipular las elecciones en el Magdalena en favor de Núñez. A comienzos de febrero, el presidente Pérez convocó a los comandantes del ejército para que endosaran una declaración en contra de la intromisión en las elecciones. Varios oficiales se negaron, incluyendo el general Santodomingo Vila. Ellos temían que iban a ser utilizados por el presidente para apoyar la candidatura oficial. El ejército, sin embargo, estaba dividido, y la amenaza de un motín fue contrarrestada por la rápida acción del presidente Pérez que reemplazó a Santodomingo Vila y a otros oficiales de alto rango. Después de ser festejado en un banquete de desagravio en Bogotá, al que asistió Núñez, Santodomingo Vi-

62. *El Republicano*, 20 de mayo y 1º de julio de 1875.

la salió para Barranquilla desde donde empezó a conspirar contra el gobierno de la Unión. Pronto fue de conocimiento público que estaba comprando armas en Panamá y que sus actividades estaban ligadas con el golpe de Riascos en el Magdalena. También había rumores de que estaba conspirando para convertirse en "Presidente de la República de Costa Firme" (63).

Frente a la amenaza de una insurrección en la costa, las opciones para el presidente Pérez —con un ejército que "a duras penas se puede decir que existe—", eran limitadas (64). Todo lo que el presidente pudo hacer fue anunciar la medida impopular de aumentar el número de reclutas. Adicionalmente nombró a Sergio Camargo como Comandante General del Atlántico, y le ordenó tomar cargo del batallón de las tropas nacionales estacionado en Panamá, compuesto por unos 150 hombres, cuyo apoyo había conquistado el presidente Miró, simpatizante de Núñez. Sin embargo, a su llegada el general Camargo fue hecho prisionero.

63. *Panamá Star and Herald*, 21 de julio de 1875, y *El Republicano*, 20 de mayo y 10 de junio de 1875.

64. El número de efectivos en el ejército nacional era de 1.200 hombres. Véanse *Diario de Bolívar*, 8 de junio de 1875 y pp. LXXIV, Londres, 1874, p. 568-9.

El presidente Pérez respondió con el vigor que pudo, pero su reacción fue mitigada por lo débil de su posición. El 6 de junio hizo un llamado a la opinión pública en un volante, en el que exponía las razones para tomar nuevas medidas para preservar el orden público. El presidente envió una fuerza de la Guardia Nacional, entre 200 y 300 hombres, para garantizar la navegación por el río Magdalena y para proteger las aduanas de la costa, medidas obligatorias en un estado de guerra. Con esta fuerza, el presidente Pérez envió a su secretario Nicolás Esguerra y al presidente de Cundinamarca, el nuñista Eustorgio Sagar, como comisionados de paz para negociar con el presidente de Panamá la liberación de Camargo. Todos ellos salieron de Bogotá el 15 de junio, pero mientras que las tropas hacían un alto en Puerto Nacional, sin entrar al territorio de los estados costeros, los dos comisionados de paz continuaron su viaje a Barranquilla, donde llegaron el 21 de junio. Es probable que los comisionados de paz estuvieran genuinamente interesados en detener el conflicto, pero sus actividades estaban mezcladas con demasiado trabajo electoral.

Una vez llegados a Barranquilla, Esguerra se apresuró a la Imprenta Americana para publicar algunos documentos en los que hacía un llamado a la lealtad

con el orden constitucional ⁽⁶⁵⁾. La distribución de estos papeles logró un viraje en la opinión pública de Barranquilla, que Esguerra había encontrado hostil a la Unión e incluso a su propia presencia en la costa. El día siguiente, la comisión se reunió con el nuñista presidente de Bolívar, quien decidió acompañar a los enviados presidenciales en su misión a Panamá ⁽⁶⁶⁾. Para sorpresa de Esguerra, Santodomingo Vila, el alegado líder de la rebelión, se les unió en el camino al puerto de Sabanilla y tomó el mismo barco a Colón ⁽⁶⁷⁾. Los comisionados tenían ahora lo peor. Sin embargo, aparte de una disputa con Santodomingo Vila por la distribución de volantes en Colón, llegaron sin ser molestados a ciudad de Panamá. En la estación del ferrocarril fueron recibidos personalmente por el presidente Miró y también por una multitud lanzando vivas a Parra. Estos gritos eran respondidos por otros "vivas al doctor Núñez" y "muera al doctor Parra" ⁽⁶⁸⁾.

65. Nicolás Esguerra hace un recuento completo de las negociaciones de paz desde el punto de vista del gobierno central en su *Certificación del secretario de Hacienda i Fomento sobre los acontecimientos de la costa, espedita a solicitud del Procurador Jeneral de la Nación*, Bogotá, 1875.

66. *Certificación del secretario de Hacienda*, p. 8.

67. *Ibid.*, p. 11.

68. *Ibid.*, p. 11

El día siguiente, Esguerra y Salgar se reunieron en la Casa de Gobierno con los representantes nuñistas para discutir los términos de la liberación del general Camargo y la movilización de las fuerzas nacionales estacionadas en Panamá. Un día después ya habían llegado a un acuerdo. A cambio de una promesa de los comisionados para pedir al presidente Pérez que no movilizara la Guardia Nacional durante las elecciones en la costa, Camargo fue liberado y puesto al mando del Batallón Ayacucho ⁽⁶⁹⁾. Cumplida en apariencia su principal misión, Esguerra dedicó su tiempo a revisar las cuentas de la Administración de Hacienda en Panamá. Tuvo tiempo de sobra, sin embargo, para pasarlo con sus copartidarios de Santa Ana, el arrabal popular y bastión del partido liberal en Ciudad de Panamá. Más tarde el presidente Miró ofreció un banquete a los comisionados de paz, al que asistieron todas las partes en conflicto. Ocasiones como ésta eran ricas en discursos, y Justo Arosemena —un nuñista leal— aprovechó la oportunidad para lanzar un ataque a la Constitución de Rionegro, que fue seguido por un contraataque del general Camargo ⁽⁷⁰⁾. Esta con-

69. Octavio Méndez Pereira, *Justo Arosemena*, Panamá, 1919, p. 439-40.

70. Méndez Pereira, *Justo Arosemena*, p. 440-2, y *Certificación del secretario de Hacienda*, p. 15.

frontación verbal no tuvo consecuencias serias y pronto la comisión de paz regresó a Barranquilla, junto con el general Camargo y parte de sus fuerzas. Camargo y Salgar continuaron su viaje de regreso a Bogotá, mientras que Esguerra planeaba una visita a Santa Marta.

Mientras tanto, nuevos desarrollos dieron al traste con las actividades de los comisionados de paz. Las tropas estacionadas en Puerto Nacional decidieron movilizarse hacia la costa y atacar a Riascos. El presidente de Bolívar reaccionó con rapidez, denunciando el rompimiento del acuerdo por parte de las fuerzas federales. El 18 de julio, el gobierno de Bolívar lanzó una declaración de guerra oficial contra la Unión. El mismo día Esguerra fue arrestado en Santa Marta. La guerra continuó en el Magdalena sin una declaración oficial. El 21 de julio, Panamá declaró la guerra al gobierno de la Unión ⁽⁷¹⁾. El presidente Pérez ya había declarado al país en estado de insurrección.

Este conflicto estuvo lejos de ser generalizado, y la guerra en la costa misma se localizó mucho a lo largo del río Magdalena y de unas pocas poblaciones

costeras. A veces la confrontación parecía estar reducida a una mera movilización de tropas sin consecuencias serias. El 7 de mayo el general Labarcés ocupó Ciénaga con sus hombres. Unos días después, a medida que Riascos se acercaba a Ciénaga con sus tropas, Labarcés huyó y se escondió entre la maleza. El 10 de julio, Riascos retomó Riohacha, que había sido ocupada días antes por Farías, "luego de escaramuzas cortas de cerca de dos horas en una población vecina, los rebeldes emprendieron la huida hacia el interior de la provincia". La guerra tomó un curso semejante en Panamá cuando estallo allí. Las escaramuzas podían ser seguidas por largos períodos de inactividad. Una vez en posesión de Riohacha, Riascos y sus hombres se entregaron a la parranda durante un mes, lo que más tarde demostraría ser un error estratégico fatal ⁽⁷²⁾.

Las parrandas ocasionales y las pequeñas escaramuzas sin propósito aparente no pueden ocultar el hecho de que la guerra era también un asunto serio. Florentino Manjarrés, todavía un adolescente, compartía la con-

71. *Gaceta Extraordinaria*, Panamá, 23 de agosto de 1875. Véase además *Mensaje del presidente del Estado Soberano de Panamá a la Asamblea Legislativa*, septiembre 15, 1875, CPC, vol. 4/85-96.

72. Cónsul al secretario de Estado, Riohacha, 20 de junio de 1875, US Despatches/Riohacha, filmes T425/1; Cónsul británico al Secretario de Estado para Asuntos Exteriores, Panamá, 20 de septiembre de 1875, PRO FO55/237; y Alarcón, *Compendio de historia del Magdalena*, p. 289.

vicción de Luis María Mora —“para un joven la guerra era en cierto modo un medio de completar su educación”— por lo que se pegó un tiro, hiriéndose, después de que su padre se negara a permitirle unirse a las fuerzas de Riascos ⁽⁷³⁾. En Ciénaga, las noticias sobre la insurrección fueron recibidas como un “terremoto político”. Cuando niño, el padre Revollo se impresionó de ver a su padre y a otros “caballeros de categoría” prestando guardia en el improvisado cuartel nuñista ⁽⁷⁴⁾.

La prensa parrista describía a los seguidores de Riascos como forajidos que andaban tras el botín. De hecho, el mal comportamiento de algunas de sus tropas no ayudaba la causa nuñista y sirvió para disminuir su popularidad en varias poblaciones. Sin embargo, algunos copartidarios se unieron a sus filas por lealtad política. En el norte del Magdalena, Riascos era un líder reconocido. Hacia el sur, en la provincia del Cesar, este liderazgo era disputado por el general Farías, quien gozaba de un prestigio militar sin paralelo entre los locales ⁽⁷⁵⁾. Las partes en conflicto se acusaban una a otra de recurrir al reclutamiento forzoso

73. Véanse Luis María Mora, *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá, 1936, p. 93; y José María Valdeblánquez, *Biografía del señor general Florentino Manjarrés*, Bogotá, 1962, p. 9.

74. *Memorias del Presbítero*, pp. 19-20.

so ⁽⁷⁶⁾. No cabe duda de que en ambos bandos había elementos de un ejército conscripto. No obstante, dadas las condiciones sociales de la región costeña, donde prevalecía una antipatía a la subordinación y la mayoría de la gente podía evadir de manera efectiva el reclutamiento, la conscripción por sí misma no puede explicar la movilización ⁽⁷⁷⁾. José Maya, un ganadero en tiempos de paz, ofreció honores militares a todos los vaqueros de su finca que se unieran a sus fuerzas en favor de Parra. No es que esto los convirtiera en peones incondicionales, como lo descubriría el mismo Maya a costa de su vida: un cierto Mestré lo asesinó después de negarse a obedecer sus órdenes. Los motivos para unirse a

75. “Para el vulgo”, anotaba el siempre observador Striffler, Farías era “un ser sobrenatural. Antes de empeñar una acción da a sus soldados su palabra de honor de que en la primera media hora de la refriega ninguno de ellos será tocado... los hombres del Valle tienen fe en él i la fe los salva a todos... i Farías, como se ve, conoce a su jente”; Striffler, *Río Cesar*, p. 30. La fama de Farías le sobrevivió. Aparentemente su leyenda estaba aún viva cuando los antropólogos Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff estudiaron la región en la década de 1950. Véase Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The people of Aritama. The cultural personality of a Colombian mestizo villaje*, Londres, 1961, p. 15.

76. Véase por ejemplo, *Certificación del secretario*, p. 29.

77. J. H. Palacio, *La guerra de 85*, Bogotá, 1936, ver p. 111, 202, 204, 205.

la guerra eran variados; incluían un sentimiento partidista intenso, lealtades locales o el deseo de prestigio ⁽⁷⁸⁾.

Resulta imposible dar una cifra precisa del total de personas involucradas de manera activa en el conflicto, pero los números en principio no parecen ser grandes. Sin embargo, sí eran suficientes para alterar el orden público y la vida económica en territorios con una población escasa y dispersa ⁽⁷⁹⁾. Por lo demás, una vez que el conflicto estuvo en movimiento, involucró a otras gentes además de los ejércitos en el campo de batalla. El estado de exaltación pública en poblaciones tales como Ciénaga alteró la vida diaria aún después de terminada la guerra ⁽⁸⁰⁾. La producción agrícola, el comercio y las finanzas públicas fueron afectados todos gravemente por el conflicto. Los

78. "Se comienza por el humilde grado de capitán", observó Striffler acerca de las filas de los vaqueros de Maya, "para correr al de coronel y ascender al de general, título que da posición social, que cualquier revuelta da y que ninguna quita"; Stiffler, *Río César*, p. 141.

79. Según el censo de 1870, el total de la población del estado del Magdalena era de 85.255 habitantes. Ciénaga tenía 7.125 habitantes. Plato y Tenerife, que sufrieron las incursiones de las tropas de Rioscos, tenían cada uno menos de 2.000 habitantes; *Anuario Estadístico de Colombia*, Bogotá, 1875.

80. *Memorias del Presbítero*, p. 26.

que tenían el reclutamiento por lo general se escondían, viéndose forzados a abandonar sus actividades económicas. Los hatos ganaderos sufrían en las manos de los ejércitos invasores, que tomaban cuanto encontraban a mano. Cuando Striffler visitó una finca en Plato, unos meses después de terminada la lucha, las historias sobre una guerra destructiva eran el principal tema de conversación ⁽⁸¹⁾.

En 1875 se exigieron contribuciones forzosas, una manera corriente de financiar las guerras civiles. El presidente de Panamá ordenó un empréstito de \$ 110.000, dividido entre las diferentes provincias en sumas que debían recolectar las autoridades locales, a las que se les permitía conservar el 5 por ciento de lo recogido. A los que pagaban voluntariamente se les prometía un interés mensual del 1 por ciento; a los que se negaban se les cobraba el doble ⁽⁸²⁾. En Sabanilla, Santa Marta, y Riohacha las partes involucradas también tomaron posesión de las aduanas. Los derechos de aduanas le proporcionaron a Santodomingo Vila \$ 200.000, que utilizó en parte para armar a sus

81. Striffler, *Río Cesar*, p. 28-9; véase además *El Republicano*, 29 de julio de 1875.

82. *Gaceta Extraordinaria*, Panamá, 23 de agosto de 1875; Striffler, *El Río Cesar*, p. 29; y *El Republicano*, 5 de agosto de 1875.

fuerzas con fusiles Remington comprados en Panamá. Los comerciantes que se negaron a pagar aranceles vieron vender obligatoriamente sus bienes en subastas. Adicionalmente, el comercio en el río Magdalena se vio interrumpido seriamente luego de que las fuerzas de Santodomingo se tomaran tres grandes vapores para convertirlos en barcos de guerra ⁽⁸³⁾. Groot, Paz y Cía., una casa comercial de Bogotá que publicaba regularmente un boletín comercial, calculaba más tarde que la guerra le había costado al país más de un millón de pesos, una suma suficiente para construir el muy necesario camino entre Bogotá y el río Magdalena ⁽⁸⁴⁾.

Aunque durante el período de disturbios las tropas pasaban la mayor parte de su tiempo vagabundeando y haciendo incursiones de la manera ya descrita, hubo pocas batallas sangrientas. En Tenerife, donde las fuerzas de Santodomingo Vila sufrieron un golpe severo a finales de julio, los estimativos de víctimas varían entre 30 y 100. La lucha más sangrienta tuvo lugar en la población de San Juan del Ce-

sar el 7 de agosto. En su informe sobre esa batalla, Farías reconoció la muerte de mujeres y niños inocentes. Se calculó que entre 20 y 300 personas murieron en San Juan, incluyendo al general Riascos y a algunos de los lugartenientes de Farías. En Panamá murieron unos 20 hombres en una batalla el primero de septiembre ⁽⁸⁵⁾. El presidente Pérez bien puede haber exagerado cuando más tarde contó al Congreso que los muertos podían contarse por miles, pero no cabe duda de que el conflicto dejó un número importante de víctimas y un legado de amargura.

Estas batallas también determinaron el resultado de la guerra. La derrota de Santodomingo Vila en Tenerife minó la moral de sus seguidores. El presidente Pérez, que presionaba por una rendición incondicional, rechazó un convenio de paz. El presidente de Bolívar abandonó por último sus esfuerzos de guerra, no sin cumplir con los procedimientos legales ⁽⁸⁶⁾. Libre de la oposición de Bolívar y ahora en posesión del río, la Guardia Nacio-

83. Pellet al secretario de Estado, Barranquilla, 14 de agosto de 1875, US Despatches/Sabanilla, y *Boletín Oficial*, N° 3 (Barranquilla), agosto 3, 1875.

84. *Revista Mercantil de la Casa de Comercio I Comisión de Groot, Paz y Compañía*, Bogotá, 31 de octubre de 1875.

85. Véanse Cónsul británico al Secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, Barranquilla, agosto 11, 1875, PRO, FO55/327; *Panamá Star and Herald*, 5 de agosto de 1875, CFBC, filmes 1411, vol. 2/246; Alarcón, *Compendio de historia del Magdalena*, p. 281-3, y *Diario Oficial*, Bogotá, 31 de agosto de 1875.

86. *Orden Público*, Cartagena, 10 de septiembre de 1875.

nal se movilizó para ganar el control del estado del Magdalena, donde la muerte de Riascos había dejado a los nuñistas sin un liderazgo efectivo. Un batallón de la Guardia Nacional desembarcó en Santa Marta sin encontrar ninguna resistencia. La dispersión de las fuerzas nuñistas tuvo lugar de la noche a la mañana. Panamá siguió el ejemplo. Rodeado por 400 hombres de la Guardia Nacional y por tropas del arrabal, el presidente Miró se rindió el 11 de octubre sin dípeter ni un tiro ⁽⁸⁷⁾.

El gobierno de la Unión había logrado restablecer el orden en los estados costeros, pero estaba lejos de controlar por completo la situación: la victoria en la guerra no significó una franca victoria electoral para los parristas. Ahora podían contar con el apoyo del Magdalena, además de Santander y Boyacá. Sin embargo, en Panamá, donde ya se había votado desde mayo en favor de Núñez, la cosa era otro cuento. Aunque el nuevo gobierno de Panamá llamó a otras elecciones, los nuñistas en Bogotá cuestionaron la legitimidad de este voto. Por consiguiente, dos delegaciones rivales reclamaron la representación de los panameños en el Colegio Electoral y en el Congreso. La confusión ya

87. Cónsul británico al Secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, Panamá, 21 de octubre y 20 de noviembre de 1875, PRO, FO55/237.

descrita sobre los resultados electorales en Cundinamarca planteaba problemas semejantes. A su vez, el Cauca se mantenía dividido entre Núñez y Parra. Núñez todavía podía contar con Bolívar, mientras que Antioquia y Tolima continuaban expresando su intención de apoyar a un conservador.

Puesto que ninguno de los candidatos logró alcanzar la mayoría absoluta requerida —5 votos de 9 estados— era claro que la decisión de elegir presidente debía diferirse al Congreso ⁽⁸⁸⁾. Con la disputa sin resolver, a pesar de la guerra, las pasiones políticas todavía estaban exaltadas. Como lo expresó Antonio Pérez Aguirre, "fracasadas las revueltas armadas de la costa Atlántica..., el debate electoral adquirió su mayor intensidad ⁽⁸⁹⁾.

La política parlamentaria: un epílogo de la guerra

"Hemos tenido, por consiguiente, ocho meses de agitación, y eso sin decir nada de los tres de lucha", se lamentaba el ministro británico a comienzos de 1876, "cuando todo el asunto

88. Para una descripción de lo intrincado de este proceso, véase Aníbal Galindo, *Recuerdos históricos*, Bogotá, 1900, p. 193-8.

89. Pérez Aguirre, *25 años de historia Colombiana*, p. 366.

pudo haberse arreglado... en un par de días" (90). Pero la política colombiana no era así de simple. Ni siquiera la decisión final del Congreso podía hacerse "en un par de días". Para enero de 1876 el resultado final de la carrera presidencial era todavía incierto. Temiendo el estallido de otra revolución, los congresistas del Cauca y Santander mostraron cierta renuencia para viajar a Bogotá, aunque por último todos llegaron a la capital acicateados por la importancia de la contienda (91). Esta sección mostrará cómo incluso la decisión del Congreso era impredecible: precisamente esta incertidumbre sobre los resultados, en medio de una lucha partidista intensa, era la que daba una vida significativa a las elecciones colombianas.

Durante el transcurso de la guerra, Núñez permaneció en Bogotá, alejado de cualquier participación en la confrontación militar. Antes había solicitado al presidente Pérez que no enviara la Guardia Nacional a la costa, alegando que esto interferiría con la autonomía de los estados y provocaría conflictos. El 14 de agosto, Núñez envió un mensaje a Parra sugiriéndole que ambos retiraran sus nombres de la contienda para evitar más ca-

lamidades. Parra, todavía estacionado en Santander, rechazó la propuesta (92).

Según Estrada, una vez terminada la guerra y luego de que la elección fuera diferida al Congreso, Núñez inició "con diabólica astucia, una política de compromisos parlamentarios" (93). A pesar de esto, su acercamiento formal a los conservadores era anterior al final oficial de la guerra. Desde su llegada a Bogotá a comienzos de 1875, Núñez había continuado con sus intentos para persuadir a sus compañeros congresistas para que apoyaran su candidatura. Francisco Borda, miembro de la Cámara y partidario de Parra, registró una conversación que tuvo con Núñez luego de aceptar una invitación para tomar el té con el candidato, "solos, tête à tête", Núñez no logró convencer a Borda, pero la reunión ilustra el tipo de actividad política que se intensificó a partir de enero de 1876 (94).

92. Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical*, p. 134; y Pérez Aguirre, *25 años de historia colombiana*, p. 372.

93. Estrada Monsalve, *Núñez. El político y el hombre*, p. 150.

94. Borda, *Conversaciones con mis hijos*, vol. 2. p. 141-4. José Quijano Wallis llegó a Bogotá el 28 de enero para asistir al Congreso como delegado del Cauca. La mañana siguiente, estando todavía acostado, fue visitado por Núñez, "a quien no conocía personalmente y con quien había llevado una activa correspondencia"; Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas*, p. 249.

90. Bunch to the Earl of Derby, Bogotá, 4 de enero de 1876, PRO, FO55/242.

91. Pérez Aguirre, *25 años de historia colombiana*, p. 373.

Claro está que Núñez no era el único intrigante. Como lo recordó Quijano Wallis, tan pronto un congresista llegaba a Bogotá, era abordado por los dos bandos. La solícitud de votos se redoblaba en casos como el del representante Prado, cuyas simpatías electorales eran desconocidas ⁽⁹⁵⁾. Esto era particularmente importante con referencia a la delegación del Cauca, liderada por Mosquera, debido al prestigio del expresidente y a la posición indecisa de los caucanos hasta ese momento. Ni los nuñistas ni los parristas perdieron tiempo en cortejar a Mosquera: "una tarde desmonta Mosquera en casa de su hija Amalia, situada al costado derecho de la plaza central. Por una puerta sale Núñez de su alcoba; por la otra entran los Pérez ⁽⁹⁶⁾.

De esta manera, a lo largo de enero y febrero, a medida que la elección del presidente por el Congreso se acercaba, la política ganaba impulso en Bogotá. Un día los delegados de Bolívar, Cauca y Panamá se reunieron para discutir estrategias parlamentarias en la casa de José María Samper, que se convirtió en el centro de operaciones nuñistas. Mientras tanto, el señor Pizano era el anfitrión de los parristas y de los delegados conservadores de Antioquia. A la mañana siguiente caucanos y

antioqueños discutieron de política durante el desayuno en el hotel de la señora Paz Díaz. Bogotá se transformó en "una diminuta Florencia, en cuyos salones la felpa encubre el estoque, la palabra la intención, la intención el fin" ⁽⁹⁷⁾.

El Congreso se instaló el primero de febrero de 1876. Ese día, el presidente Pérez pronunció el tradicional mensaje anual, en el que describió un país devastado por la guerra, insistiendo sobre la necesidad de consolidar el orden. Su período estaba próximo a expirar y él se estaba dirigiendo a un grupo de hombres comprometidos ahora en elegir a su sucesor. "Todo transcurrió en tranquilidad" observó el ministro británico al referirse al primer día de sesiones. "En la Cámara había alguna turbulencia por parte de la barra... el presidente de la Cámara envió por la fuerza militar que desocupó las galerías y el orden se restauró" ⁽⁹⁸⁾.

Antes de elegir presidente, el Congreso tuvo que resolver la disputa surgida por la presencia de delegaciones rivales de Panamá y Cundinamarca. En ambos

95. Ibid.

96. Estrada Monsalve, *Núñez. El político y el hombre*, p. 148.

97. José María Quijano Wallis, *Estudios, discursos y escritos varios*, París, 1908, p. 113, 120 y 121; y Estrada Monsalve, *Núñez. El político y el hombre*, p. 147-8.

98. Bunch to the Earl of Derby, Bogotá, 6 de febrero de 1876, PRO, FO55/242, y véase *Mensaje del presidente de la Unión*, Bogotá, 1876.

casos, grupos opositores de parristas y nuñistas alegaban ser los representantes legítimos de sus respectivos estados. Adicionalmente, la delegación del Magdalena reclamaba otro escaño adicional, argumentando que el último censo le había dado al estado una mayor población. Desde el comienzo, los parristas formaban la mayoría, pero las decisiones que favorecieron a las delegaciones nuñistas de Panamá y Cundinamarca y que negaron el escaño adicional reclamado por el Magdalena podían balancear las fuerzas. De esta manera la posición que tomaran los conservadores de Antioquia y Tolima y los caucanos era crucial para determinar la composición final del Congreso y, por consiguiente, la elección presidencial.

Los seguidores de Parra hablaban con confianza de sus opciones, pero como lo observó Bunch el 6 de febrero, "nadie puede decir qué puede suceder de un día para otro". Los partidarios de Parra y Núñez llenaron las galerías en las que se presentaron peleas frecuentes. Como lo describió el ministro británico, "las escenas en el Congreso... especialmente en la Cámara de Representantes, son increíbles. El público, que entra libremente, se entrega a las amenazas más violentas contra los miembros más detestados—pistolas y dagas se esgrimen constantemente— todo hombre,

miembro o espectador, va armado hasta los dientes..."⁽⁹⁹⁾.

Esta vez, sin embargo, la verdadera lucha transcurría a puertas cerradas. Los acuerdos iniciales entre Núñez y los conservadores, hechos explícitos la primera semana de sesiones, se manifestaron también en la elección de un antioqueño para presidir el Senado. A través de hábiles maniobras políticas, aparentemente con el apoyo del partido conservador, los nuñistas lograron demorar la elección presidencial. Las tácticas dilatorias también incluyeron el boicoteo del Congreso, impidiendo la formación del quórum requerido. A la larga, sin embargo, la estrategia nuñista estaba destinada a fracasar. Se hizo claro que los antioqueños estaban jugando a nuñistas en contra de los radicales para mejorar su poder de negociación. Los indecisos liberales caucanos a su turno, se volvieron cada vez más cautelosos de cualquier pacto con los conservadores y decidieron regresar al Congreso.

La disputa sobre las delegaciones rivales fue resuelta finalmente con un compromiso que allanó el camino para la elección de Parra. El 21 de febrero, luego de verificar oficialmente que ninguno de los candidatos había logrado el apoyo de una mayoría absoluta entre los nueve esta-

99. Bunch to the Earl of Derby, Bogotá, 6 de febrero de 1876, PRO FO55/242.

dos, la votación individual de los congresistas tuvo lugar. Aquileo Parra fue elegido por 48 votos, contra 18 depositados por Rafael Núñez. Los conservadores decidieron permanecer apartados de la disputa liberal y votaron por su copartidario Bartolomé Calvo⁽¹⁰⁰⁾. Cuando se conocieron los resultados, nuñistas descontentos hicieron llamados abiertos a otra revolución.

Elecciones, violencia y guerras civiles

“Cuando los espíritus se aprestan al sufragio”, escribió Carlos Calderón, “se despiertan los dormidos rencores y se concitan los odios”. Calderón, quien conoció a Núñez en 1875, fue testigo de primera mano del espíritu guerrillero de la política electoral: los sentimientos partidistas se basaban en la memoria del derramamiento de sangre causado por batallas previas y, a medida que se acercaban las elecciones, las antiguas heridas se abrían de nuevo en una sociedad muy politizada⁽¹⁰¹⁾. Muy pocos podían permanecer indiferentes en tiempo de elecciones, como lo observó Pierre D’Espagnat luego de asistir a una reunión social en Bogotá, en

la que la política fue el único tema de conversación⁽¹⁰²⁾. Esto era particularmente cierto si una contienda electoral desembocaba en violencia.

El acompañamiento de elecciones con estallidos de violencia estaba lejos de ser algo típicamente colombiano y parece ser un fenómeno presente siempre en la historia electoral en todas partes. “La violencia en la política es un derecho de cuna de todo inglés”, señaló el historiador J. H. Plumb cuando analizó los problemas para alcanzar la estabilidad política en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII. El surgimiento y el crecimiento del electorado, y la lucha por controlarlo eran, según Plumb, prominentes entre las causas del desorden político en ese tiempo. Elecciones duramente compartidas, con propaganda virulenta y lucha intensa por los votos, daban origen a la confrontación violenta⁽¹⁰³⁾. La violencia política no se extinguió durante el siglo XVIII y ni siquiera durante el siglo XIX. En un estudio más reciente, Frank O’Gorman

derón, *Núñez y la regeneración*, p. 21. Luis María Mora describió cómo, en 1876, el juego favorito de los niños era la guerra civil”. Véase Mora, *Croniquillas de mi ciudad*, p. 21.

100. Galindo, *Recuerdos históricos*, p. 197-8.

101. “Se llama a la unión por la prensa con artículos que tienen todo el aire de música marcial, se les da el alerta y se les ordena estar en guardia”, Cal-

102. Pierre D’Espagnat, *Recuerdos de la Nueva Granada, 1897-98*, Bogotá, 1949?, p. 94.

103. J. H. Plumb, *The Growth of political stability in England, 1675-1725*, (London, 1969), pp. 31, 41, 80, 81.

ha descrito ese "elemento de precariedad del orden público durante el día de elecciones" en la Inglaterra Hanoveriana, aunque el autor también ha señalado los esfuerzos de las partes en disputa por alcanzar una solución pacífica, más que violenta, de sus diferencias ⁽¹⁰⁴⁾. Dados los rasgos guerreristas aparentes en rivalidades ritualizadas, lo que O'Gorman encuentra sorprendente es qué tan pocas veces ocurrían problemas verdaderamente graves ⁽¹⁰⁵⁾. En Irlanda, señaló K. T. Hoppen, "en general, el electoralismo violento no conoció fronteras" ⁽¹⁰⁶⁾. De igual manera, las elecciones en los Estados Unidos no estuvieron desprovistas de violencia. Los "disturbios del día de elecciones", como lo ha observado Richar Maxwell Brown, eran "una de las formas más comunes de violencia en Norteamérica en el siglo XIX" ⁽¹⁰⁷⁾. Según Richard Graham; en Brasil, la violencia "no iba en contra del proceso electoral sino que formaba parte esencial de él" ⁽¹⁰⁸⁾. Por consiguiente el desorden público en Colombia durante el siglo XIX debe ser considerado también en el contexto de la historia electoral del país, y de los pro-

blemas subsecuentes para establecer las elecciones como un sistema aceptado para zanjar pacíficamente las disputas.

En Colombia la lucha partidista se intensificó después de la adopción del sufragio universal masculino en 1853 ⁽¹⁰⁹⁾. Aunque algunos estados introdujeron de nuevo restricciones al sufragio después del proceso de descentralización, las décadas de 1860 y 1870 fueron de un crecimiento sin precedentes en el electorado. Teniendo en cuenta el alto número de cargos que debían ser provistos por la votación en las urnas y la frecuencia de las elecciones, el país vivía casi permanentemente en un estado de exaltación política. El comentario de Sergio Arboleda sobre Popayán durante las elecciones locales de 1871 —"esta ciudad se halla convertida en un infierno"— podía aplicarse a otras poblaciones colombianas durante las épocas electorales ⁽¹¹⁰⁾. El ritmo lento de los escrutinios prolongaba la excitación pública, mientras que las tensiones se hacían más pronunciadas dadas

104. Frank O'Gorman, *Voters, patrons and parties*, Oxford, 1989, p. 255-9.

105. O'Gorman, *Voters, patrons and parties*, p. 256.

106. K. T. Hoppen, *Elections, politics and Society in Ireland, 1832-1885*, Oxford, 1984, p. 394.

107. Richard Maxwell Brown. *No Duty to Retreat. Violence and Values in American History and Society* (Oxford, 1991), p. 10.

108. Graham, *Patronage and politics in nineteenth century Brazil*, p. 141.

109. Véase Bushnell, "Voter participation in the Colombian election of 1851, pp. 237-9.

110. Sergio Arboleda, *La constitución política*, Bogotá, 1952, p. 128.

las dificultades para organizar un sistema electoral justo. Aunque el fraude electoral era una práctica común a todas las partes involucradas, existían límites más allá de los cuales el fraude podía causar desórdenes e insurrecciones. Para contemporáneos como Miguel Samper, la reforma electoral era esencial para garantizar el orden público, tal como lo advirtió justo antes del estallido de la guerra de los Mil Días ⁽¹¹¹⁾.

La lucha por ganar electores se agudizó en la década de 1860, después de que los radicales se tomaron el gobierno de la Unión y excluyeron al partido conservador. Para mediados del decenio de 1870, en algunos círculos existía la sensación de que los radicales, en control del Ejecutivo durante una década, habían creado una maquinaria electoral para perpetuar su poder. El dicho popular, "el que escruta elige", expresa los rasgos fraudulentos de las elecciones. La oposición hacía énfasis en el carácter exclusivista de la "oligarquía radical", identificada con la manipulación del sufragio: como líder de la oposición, Núñez estaba empeñado en explotar el carácter oficial de la candidatura de Parra ⁽¹¹²⁾. El apoyo presiden-

cial a Parra estaba lejos de garantizar el éxito electoral; a más de esto, es posible que atizara la lucha. Las diferencias entre Núñez y Parra iban más allá de las aspiraciones personales y los alegados fraudes electorales. Como lo ha mostrado este artículo, durante las elecciones presidenciales de 1875, había varios asuntos en juego. El hecho de que ambos candidatos pertenecieran al partido liberal no debe tomarse como signo de que representaran los mismos puntos de vista políticos. Ambos estaban en desacuerdo en áreas importantes de interés público. Sus seguidores dentro del partido estaban distribuidos de manera bastante pareja. Adicionalmente, una mirada más detallada a la campaña electoral, que era más prolongada que el período presidencial, revela la intensidad de la lucha partidista y cómo, en las condiciones de Colombia en el siglo XIX, una elección muy reñida podía conducir fácilmente a un levantamiento violento. Cualquier análisis de estas confrontaciones requiere de un esfuerzo para apreciar las complejidades de la política local puesto que, como O'Gorman lo ha observado, "la historia electoral debe tener, claro está, sus raíces en la historia local" ⁽¹¹³⁾.

No obstante su recurrencia, el estudio de la violencia electoral

111. Miguel Samper, *Escritos político-económicos*, 4 vols., Bogotá, vol. IV, p. 449.

112. "Esos círculos no organizan aristocracias de nacimiento, pero sí privilegiados del sufragio", señaló Núñez; Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 97.

113. O' Gorman, *Voters, patrons and parties*, p. 7.

durante el siglo XIX en Colombia ha sido hasta ahora un campo inexplorado. Algunas preguntas permanecen sin respuesta. ¿Era acaso la violencia electoral, como en Irlanda, muchas veces la continuación por otros medios de las luchas entre los distintos grupos sociales? ¿Eran sus orígenes más rurales que urbanos? ¿Cuál era la relación entre la violencia electoral y otras formas de crimen y desorden? ⁽¹¹⁴⁾. Aún así, como lo sugiere este artículo, era posible distinguir diferentes patrones de violencia electoral. De una parte, los disturbios del día de elecciones, a la manera de los amotinamientos que se tomaron a Leicester en 1826 o a Bogotá en 1875, estaban ligados muy de cerca con la precariedad del orden público que caracterizaba la movilización del electorado. Sin embargo, a diferencia de Irlanda a mediados del siglo, en donde las turbas parecen haber sido orquestadas y pagadas por los candidatos, hay pocas evidencias para sugerir que Núñez o Parra hubieran dirigido los disturbios en Bogotá y todavía menos de que controlaran las masas, aunque el primero de agosto de 1875 todavía merece atención ⁽¹¹⁵⁾.

De otra parte, la fragilidad del orden público durante las elecciones encontraba expresión en su forma más extrema con el estallido de guerras civiles, cuando debían organizarse ejércitos y el conflicto duraba más. Al igual que las elecciones, las guerras civiles en América Latina eran un enigma para la mayoría de los observadores extranjeros de la época, que apenas podían encontrar en ellas expresiones de "personal aggrandisement". William Scruggs, el ministro norteamericano en 1875, tenía poco respeto por las "revoluciones" latinoamericanas, de las que pensaba que eran "rara vez algo más que una contienda desordenada y violenta entre políticos egoístas". Scruggs sí vio la dimensión política de las guerras civiles: éstas eran usualmente reacciones contra "alguna irregularidad real o imaginada en las urnas", o contra un alegado fracaso de la administración federal para cumplir promesas partidistas ⁽¹¹⁶⁾. Según el ministro norteamericano, ni las clases comerciales y financieras, ni tampoco las masas estaban interesadas en "revoluciones", pero sí reconocía que si un "político profesional" resultaba ser un hombre de "lenguá

114. Para una discusión sugestiva, véase Hoppen, *Elections, politics and society*, p. 338-408.

115. Véase *ibid.*, p. 399. Graham sugiere que, en Brasil, la violencia electoral también estaba orquestada desde

arriba; véase su *Patronage and politics*, p. 138-45.

116. Véase William I. Scruggs, *The Colombian and Venezuelan Republics*, Boston, 1905, pp. 146-55.

hábil", era apto para tener un "número substancial de seguidores" y a su debido tiempo "convertirse en el líder de una facción organizada. Reúne unos cuantos mosquetes y machetes, asume el título de 'General', y muy pronto se encuentra encabezando una pequeña banda de guerrillas listas para la acción" (117).

Las complejidades de las guerras civiles decimonónicas en América Latina desafiaron a menudo la comprensión de los observadores contemporáneos. Todavía hoy desafían el análisis de los académicos modernos, aunque son reconocidas por algunos historiadores (118). Algunos contemporáneos perceptivos, tales como José María Quijano Wallis, evitaban también las interpretaciones simplistas. Quijano Wallis, que pensaba que la política junto con las guerras civiles eran las "únicas industrias de carácter nacional y popular" daba una lista completa de causas para explicar la inestabilidad política en Colombia durante el siglo XIX (119). Además de la polí-

tica y la historia, Quijano Wallis incluyó factores tales como problemas económicos y fiscales, falta de transporte y comunicaciones, educación pobre y fanatismo religioso. Sin excluir la importancia de estos factores, la guerra que estalló en los estados costeros en 1875 estuvo ligada sin duda alguna a la campaña electoral. La necesidad de mirar de manera más sistemática estos conflictos como expresiones de la violencia electoral es también sugerida por el hecho de que algunas de las principales guerras civiles en Colombia durante el siglo, tales como las de 1876, 1885 y hasta incluso la Guerra de los Mil Días, estuvieron ligadas de alguna manera con cuestiones electorales.

Volviendo la mirada hacia la década de 1870, debe añadirse que el "rechazo intelectual a la revolución", como lo señala Ian Christie con respecto a Inglaterra a finales del siglo XVIII, estaba lejos de dominar la vida política en Colombia (120). Por el contrario, las ideas de escritores tales como José María Samper que veía en la guerra civil un signo de progreso —"depura, vigoriza ciertas fuerzas y desembaraza el camino de la civilización"— parecen haber prevale-

117. *Ibid.*, p. 148.

118. Véase por ejemplo, M. Deas. "Poverty, Civil Wars and Politics" p. 264; J. Alvarez, *Estudios sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, 1914. *The civil ward in Chile*, Princenton, 1984; R. P. Matheus, *Violencia rural en Venezuela, 1840-1858*, Caracas, 1977; y S. Thompson. "The Federal Revolution in Venezuela, 1858-1863", Tesis Doctoral en Filosofía, Universidad de Oxford, 1983.

119. Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas*, pp. 518-37.

120. Ian Christie, *Stress and stability in late eighteenth-century Britain*, Oxford, 1986, p. 156-82.

cido en ese tiempo ⁽¹²¹⁾. Es cierto que para mediados de la década de 1870 la atmósfera intelectual estaba pasando por cambios significativos. El mismo José María Samper había modificado ya sus puntos de vista para principios del decenio. Las opiniones de Miguel Antonio Caro en *El Tradicionista* eran leídas cuidadosamente por liberales Independientes como Núñez, que empezó a apreciar el papel de la Iglesia como factor de cohesión social. Las influyentes ideas de Núñez acerca del problema del orden en Colombia, sin embargo, tan sólo se desarrollaron a finales de la década de 1870 en una larga y persistente campaña en la prensa cuyo impacto fue, en cualquier caso, gradual.

Más aún, la fragilidad del orden político estaba determinada por el sistema mismo sobre el cual estaba estructurada una frágil organización federal con un ejecutivo extremadamente débil que a duras penas podía confiar en el apoyo de un ejército diminuto e indisciplinado para imponer cualquier grado de control social. Bajo estas circunstancias, una elección tan reñida como la de 1875 estaba destinada a alterar una estabilidad ya endeble. Una vez se iniciaba

la guerra, su curso era impredecible. "La guerra civil", escribió Núñez más tarde, "no tiene derrotero científico, sino que conduce a los más inesperados abismos". Aunque el curso de la guerra no fuese claro, había por lo menos un resultado cierto que también fue señalado por Núñez; "la violencia engendra violencia" ⁽¹²²⁾. Cuando Parra asumió por fin el cargo el primero de abril de 1876, grupos de oposición desfilaron por la Plaza de Bolívar llevando un retrato del general Riascos, convertido entonces en un mártir, mientras que *El Tradicionista* sostenía que Parra tan sólo había alcanzado el poder a través del derramamiento de sangre y de la ruina ⁽¹²³⁾. "Tras la borrasca electoral, la tormenta bélica", como describió el conservador Joaquín Estrada Monsalve, de una manera casi glorificante, los orígenes de la guerra de 1876, un conflicto más destructivo con consecuencias de largo alcance ⁽¹²⁴⁾. Había todavía una dimensión esencialmente política en la guerra civil, relacionada con las elecciones, que este artículo ha tratado de subrayar.

121. José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (1861), Bogotá, 1984, p. 221.

122. Núñez, *La reforma política*, vol. I (2), p. 268, y vol. II, p. 91.

123. Citado en Quijano Wallis, *Memorias autobiográficas*, p. 258. Véase además Calderón Núñez y *la regeneración*, p. 26.

124. Estrada Monsalve, *Núñez: El político y el hombre*, pp. 151-2.